

CARLOMAGNO Y RONCESVALLES: POEMA EN 14 CANTOS PARA RECITARLO EN VOZ ALTA (CANTOS I A V)

Víctor Manuel ARBELOA MURU
vmarbeloa@gmail.com

I

Piratas normandos asaltando las costas atlánticas;
hordas de sajones, eslavos y mongoles irrumpiendo desde el este lejano;
y el alfanje sarraceno, ascendiendo desde Hispania y Sicilia,
hacían temblar de pavor e incertidumbre la vieja cristiandad.

La rapiña y toda crueldad; la barbarie y la incultura,
la inmoralidad más basta
dominaban impunes lo que un día lejano fueran tierras del sólido, invencible Imperio de Roma.
De pronto, sobre el cielo morado, fue visto por miles de pueblos inciertos
un Hércules gigante con barba florida.

De ancho cuerpo y robusto –según Eginardo, inspirado en Suetonio–;
de estatura eminente y cabeza redonda;
ojos grandes, brillantes, y blanca cabellera
sobre un rostro exultante de puro regocijo,
que dejaba sereno y contento a quien hablaba con él.
Firme en su andar,
voz clara y varonil,
buen cabalgador y cazador,
nadador experto,
vestía a la manera de los francos:
de lino, la camisa y los calzones;
túnica, con seda en pasamanos,
y polainas de tiras, sayo verde;
siempre al cinto la espada.
Templado en la mesa, copioso en su facundia,
buen latinista y lector del griego,
concubinas y esposas le dieron muchos hijos y le hicieron dichoso.

Tal era Carlomagno,
hijo de Pipino el Breve,
rey de los francos,
y de Bertrada
de Laón.
Rey nominal, después, de los lombardos,
y desde el año ochocientos al día de su muerte,
Imperator
Romanum gubernans Imperium.

Su mejor presentación:
Carolus, gratia Dei Rex,
Regnique Francorum rector,
et devotus Sanctae Ecclesiae defensor
atque adjutor in omnibus Apostolicae Sedis.

Canta Teodulfo, el visigodo, mejor que nadie:



*Como es imposible medir el Mosa,
el Rhin, el Saona, el Ródano, el Tíber ni el Po,
así tampoco tus glorias.
Feliz quien vive a tu lado
y el que ve
tu frente por la diadema coronada.
A tu voz los pueblos se disponen
a seguir a Cristo:
el humo, de rizada cabellera, antes tan fiero
y ahora sometido a la fe;
el árabe, también crinado, de suelta cabellera.
Y los ávaros,
y los nómadas,
doblan el cuello ante ti y la rodilla doblan.*

II

Los sajones no doblaron su ruda rodilla fácilmente.
 En tiempos antiguos, los hermanos Evaldo, llamados Blanco y Negro por su recio cabello distinto,
 no pudieron rendir la feroz terquedad de ese pueblo, enemigo de los francos y apegado a sus viejas costumbres.
 Tampoco más tarde san Lebuino con toda su paciente santidad.
 Era el año de gracia de setecientos setenta y dos.
 Tras hacerse con el burgo sajón de Eresburg, Carlomagno mandó talar el *Irmisul*: pilar grande de Irmin, el dios de los sajones,
 el roble sagrado, que las tribus sajonas adoraban,
 que unía cielo y tierra y sostenía el universo,
 y ordenó a sacerdotes y soldados recorrer Sajonia entera predicando el árbol de la vida, Jesucristo.
 Mas bastó, cuatro años más tarde, que el rey se alejara de allí a vencer a los lombardos
 para que en toda Sajonia volviera el *Irmisul* a unir la tierra con el cielo.
 Volvió también Carlomagno a la espada y la segur.
 Y en Paderborn de nuevo
 trazó el mapa de las diócesis, provincias y abadías de la nueva Sajonia cristiana.



III

Quizás algún día pasó por las mientes del joven Carlomagno
 la idea impelente de bajar hasta Córdoba
 y arrojar de la Hispania contigua
 las hordas de los moros invasores,
 cuyo ascenso por las Galias,
 en el año de gracia de setecientos treintaidós,
 impidió el brazo fiero de su intrépido abuelo,
 Carlos Martel,
 martillo de herejes y enemigos del reino de los francos.
 No quedó en los años sucesivos un solo territorio en el Hexágono
 que no fuera reducido a la fuerza y poder de sus dignos sucesores.

El año de los tres sietes,
 nada menos que el valí de Barcelona y de Gerona,
 Sulayman ibn Yaqqan ibn al Arabi,
 aliado del valí de Zaragoza, al-Huseyn ben Yahya al-Ansari
 –nombres que pocos cristianos sabían pronunciar–,
 rebeldes al poder del emir Abderramán,
 llegó hasta orillas del Pader en busca de auxilios, a cambio
 de leales, rendidos, vasallajes.
 Entró en la dieta pascual y suprema de los caudillos francos
 presidiendo una rica embajada de amigos y a miles del norte de Hispania,
 entre ellos, el hijo y el yerno de Yusuf al-Fihri,
 gobernador de al-Andalus en otro tiempo.
 Oyó complaciente Carlomagno
 –túnica con filigranas de oro, calzas con piedras preciosas



y áurea diadema real—
 las sólidas razones del valí, que temía la venganza del emir,
 y mandó preparar para el año siguiente
 la doble marcha de las tropas que habían de cruzar los Pirineos:
 grandes propietarios, nobles, funcionarios, vasallos del rey,
 vassi dominici, señores de pingües beneficios.
 Las de Austrasia, Borgoña, Provenza, Baviera, Septimania y Lombardía
 se concentran en la plaza de Narbona,
 cruzan el Coll de Portus, Le Perthus,
 Pirineo oriental;
 visitan Barcelona, Lérida y Huesca, y se acercan paso a paso a Zaragoza.
 El mismo Carlos manda los mejores soldados:
 neustrios, francos, bretones, gascones y aquitanos,
 y en plena primavera remonta el alto de Ibañeta.

Se detiene en Pamplona, la que llaman ciudad de Pompeyo,
 —*primo Pompelonem navarrorum oppidum adgresus*, recitan los *Regios Anales*—
 capital ya de los navarros y del breve territorio fronterizo
 que habitaban los vascones, etnónimo romano,
 que había albergado iberos y celtas,
 celtíberos, berones, lusones, y quizás otros pueblos,
 que van apareciendo cada día en sabias prospecciones.
 Los romanos llevaron su presencia por todo el territorio,
 y los godos impusieron después su monarquía.
 Carlomagno encuentra, varios siglos más tarde,
 una ciudad cristiana,
 ciudad episcopal, que paga sus tributos al Islam invasor,
 ciudad de lenguas y de etnias distintas,
 gobernada, tras ciertas resistencias,
 por algún caudillo fiel al poder musulmán,
 un cristiano tal vez convertido a la fe de Mahoma,
 amigo del temprano muladí, el antiguo conde Cassius,
 converso Banu-Qasi, gran señor
 de vastos territorios a la vera del Ebro.
 Prosiguieron los francos su marcha militar a Zaragoza
 y las dos columnas carolingias acamparon al pie de sus recias murallas.
 No hubo suerte. El valí al-Husayn al-Ansari, señor de la ciudad,
 no admitía ninguna sumisión, ni vasallaje alguno.
 Él quería la plena independencia del emir. Lo demás
 eran cosas de su amigo Sulayman, valí de Barcelona.

Aquel inmenso ejército, de 4.000 caballeros y de 8.000 infantes,
 con la cola colosal de la intendencia y la impedimenta,
 no podía detenerse muchos días en un asedio incierto.
 Cobrado un rescate, y unos cuantos rehenes islamitas, entre ellos Sulayman, acusado de engaño y traición;
 supiera o no supiera la reciente rebeldía
 del caudillo sajón Vittekind,
 emprende el rey franco la vuelta a sus lares.
 Camino de Pamplona, cerca de Tudela,
 o en el congosto del Carrascal,
 los hijos del valí de Barcelona, Aysun y Matruh,
 liberan a su padre del vagón de rehenes
 y puede volver Zaragoza.
 Por esta o por otras razones, por venganza o con miras de futuro,
 destruye o malbarata el ejército franco las defensas de Pamplona.
 No fue esa la primera vez ni sería la última. Que venganza y botín
 son frutos excusados de toda máquina de guerra.

Por la vía romana de Astorga hasta Burdeos
 —*ab Asturica ad Burdigaliam*—
 avanza lentamente la tropa mastodónica,
 a veces de uno en uno, a veces de dos en dos:
 vieja recua cansada, los soldados exhaustos,
 las bestias mal nutridas, torpemente arrastrando
 las armas, el botín y la inmensa intendencia.
 Lo peor llega ahora.
 Ya están ahí el Lindus y el Guirizu,
 torres de las muralla pirenaica, que separa de Hispania el reino de los francos.



Un nombre va a sonar por lo siglos en el mundo de la historia, de las armas, de las letras, de la música, y de todas las lenguas.

Oh, Roncesvalles,

nombre numeroso y nemoroso:

Rainceval, Raincesvaux, Raincheval, Rainchevaus, Rainchevaux...

Reinsecevals, Reinseceval, Reincheval, Reinchevaus, Reinsecevals...

Rocideval, Rocidevallis, Roincevaux, Roncevals, Rozaballes...

Runzisvalle...

Antes que las voces de la historia,

a todos nos llegó el eco del romance del conde Guarinós:

¡Mala la visteis, franceses, la caza de Roncesvalles!

Don Carlos perdió la honra, murieron los Doce Pares,

cativaron a Guarinós,

almirante de las mares...

Cuántas veces, con Javier, he buscado el lugar de aquella hazaña,

de aquella exitosa escaramuza, porque otra cosa no podía ser:

del Guirizu a Lepoeder, de Astobiscar al Changoa,

siguiendo las dispares teorías,

a la vez que el canónigo amigo recitaba imparable los textos latinos

de la *Vita Caroli*, de Eginardo,

los *Annales Mettenses* y los *Regii*, los *Fuldenses* y aquellos del *Poeta Sajón*.

Carlomagno ya pasó por el paso con sus tropas mejores

habiendo subyugado a los navarros

y a vascones hispanos de la misma tierra.

–Pampilona firmissima civitate capta atque destructa

hispanis wasconibus et nabarris subjugatis–.

Los vascones hispanos o los de Ultrapuertos,

sometidos duramente por los francos,

o los dos de consuno,

y también navarros de Pamplona, al decir de las fuentes,

esperan a la lenta retaguardia,

y en el momento exacto, al caer la noche,

de lo alto del monte prorrumpen un espeso griterío,

que espanta a los criados y al bestiaje

–in summi montis vértice positus insidiis,

totum exercitum magno tumultu perturbant–.

Y, después de lanzar una lluvia de dardos

–missilibus primo sternunt ex collibus altis–,

se lanzan a los últimos carros del bagaje de la larga comitiva

y rematan a todos los francos que oponen resistencia,

arrojándolos a veces a los hondos barrancos.

Hábiles conocedores del terreno, obrando por sorpresa y con armas ligeras

–levitas armorum–,

les ayudan las sombras de la noche, y las túmidas nieblas de mediados de agosto.

Para los pocos cronistas francos que se atreven

a narrar la infamante derrota,

una turba nefanda de ladrones

–victrix latronum turba nefanda–

se llevó un ingente botín

–ingentem rapuit praedam–,

con el que dichosos escaparon,

veloces y dispersos

–praedones illos spoliis opimis–.

No hubiera pasado a la historia esta refriega,

asalto, despojo, acometida,

si en el campo no hubieran quedado tendidos

el senescal Egihardo;

Anselmo, conde palatino,

y el prefecto de la marca bretona, el grande Roldán

–Hruodlandus Britannici limitis praefectus–.



Leyendas, canciones, poemas y prosas
rehicieron, como es natural, los viejos sucesos.
Cantares latinos y en lengua vulgar
surgieron, tres siglos más tarde, exaltando las gestas heroicas
de aquellos que un día murieron siguiendo la estrella del rey Carlomagno,
caudillo cristiano, terror de sarracenos.

En torno al mil cien,
en anglo-normando, antiguo francés,
un monje normando, de nombre Turolde,
—el simple *Turolde* que cierra la estrofa postrera—
recoge las muchas versiones antiguas,
mientras *Passio Rotolandi* y *Gesta francorum*
recorren los claustros de la cristiandad,
y añade otras tantas, aparte su ingenio.
Cuatromil dos son los versos decasílabos,
que tiene *La Chanson de Roland*,
en doscientas noventa y una estrofas,
para cantar al rey de los francos,
liberador de Hispania del yugo extranjero.
Sulayman el malvado es ahora Marsil, el rey musulmán de Zaragoza,
y Ganelón, padrastrero de Roldán,
embajador de Carlos, a quien odia,
urde con los infieles la emboscada en que perecen,
en lucha desigual y decisiva,
el valiente Roldán y los Doce Pares de la dulce Francia.

Cuando todo parece ya perdido, ante la ingente tropa musulmana,
toca Roldán su cuerno de marfil pidiendo ayuda
e intenta luego romper, desesperado, su espada Durandart contra las rocas.
La roca se parte y no la espada, que es tan fuerte como el hombre que la mueve.
(Oye Carlos de lejos el son del olifante,
mientras juega al ajedrez con Ganelón,
pero el traidor le dice satisfecho
que es el signo final de la victoria).

Volviendo los ojos hacia Hispania
muere Roldán
con la muerte digna de un ejemplar cruzado.
Vuelta su alma hacia Dios,
confiesa ante Él todas sus faltas.
San Gabriel y San Miguel
llevan de inmediato su alma al paraíso.

*Sun destre guant a Deu en puroffrit;
Seint Gabriel de sa main l'ad pris.
Desur sun braz teneit le chef enclin:
Juntas ses mains est alet a sa fin.
Deus tramist sun angle Cherubin,
E seint Michel del Peril;
Ensenabl'od els sent sent Gubriel i vint.
L'anme del cunte portent en pareis.*

Detenido el infame Ganelón,
que acabará reducido a pedazos tras el Juicio de Dios,
regresa Carlomagno, con su barba florida, a sus andadas,

y aniquilaba a los moros junto al Ebro;
combate luego y mata al emir de Babilonia,
de nombre Baligante,
y acaba conquistando Zaragoza y ajustando las cuentas a Marsil.

